

Um jardim carnívoro

Dara Lobeira

†

PRIMERA PARTE

1

Llevaban luto por la madre. La mayor, de quince años, casi ya una mujer en la rigidez de su vestido negro, y también los otros, los mellizos y el pequeño, el niño mudo y visionario. Permanecían quietos, aparentemente sosegados, con los ojos claros fijos en el ataúd sencillo de madera. La mayor sostenía una cruz entre las manos. El objeto le marcaba la carne, esbozando un cardenal que se extendía lentamente como un mal desconocido. Ella la apretaba con firmeza. Apretaba la cruz y susurraba, en su voz se acomodaba con paciencia la plegaria, el ruego, una letanía inanimada que no trascendía más allá de sí misma. Los demás permanecían silenciosos. Rígidos, de pie junto al padre, envueltos en su luto como si quisieran ocultarse del mundo tras la negrura. Fuera, las campanas llamaban a difuntos. El sonido descendía sin piedad sobre las casas, golpeaba con violencia cada rostro, las manos descubiertas, las capas que ondulan tras el paso veloz de los dolientes. Entraron hombres y mujeres en la iglesia. Celebraban la muerte como quien celebra una victoria, como quien contempla un desastre que le estaba destinado y que ahora se extiende sobre el cuerpo de otro. Eran, sin embargo, y a su manera enferma, hombres y mujeres misericordiosos. Rezaron en voz alta

por la madre sin saber siquiera su nombre. Besaron a las niñas en las mejillas y ellas se tragaron su asco, un deseo fugaz de golpear aquellos labios desconocidos con el dorso de la mano. Lamentaban la orfandad de los hermanos igual que se dolían de otras tantas cosas, de la tacita que se rompe al resbalar entre los dedos o de aquel paseo arruinado por la lluvia. Ellos ignoraron su presencia. Quizás se dieron cuenta, en algún momento, del ruido de la sala, del llanto untuoso de las plañideras, que gemían desafortadamente cuando el pastor ponía los ojos sobre ellas. Puede que vieran a trasluz cómo desde el altar alguien citaba las virtudes de la madre. Que era una santa, dijeron. Que había sido en otro tiempo una belleza. Los niños se negaban a escucharlos. Estaban lejos, pese a la cruz y la plegaria, se habían replegado como tantas otras veces a ese mundo que les era propio, un mundo conectado donde sus pensamientos eran uno solo, donde una única voz trenzaba sus gargantas. Sus ojos claros, vacíos de todo deseo, se entornaron hasta volverse un filo en sus rostros. Estaban en el juego, o en la galería soleada de la casa, corrían por el jardín tras uno de los hijos del maestro. Miraban embebidos el movimiento de una larva. Hacia el final, el párroco alzó una de sus manos sobre ellos. Los huérfanos de madre, pronunció, y tocó sus frentes descubiertas sin que ellos pudieran rechazarlo.

‡

Ada los vio cuando salieron. En fila, primero la mayor, la más alta, de una belleza hostil que parecía retirarse de su rostro cuando ella lo deseaba. Los mellizos la seguían taciturnos, llevando de la mano a aquel niño al que nadie

había escuchado nunca pronunciar una palabra. Ada se tocó su propio rostro con las yemas calientes de los dedos. Recorrió el arco limpio de su frente, los labios, palpó con lentitud los dientes húmedos que su madre le pedía que enseñara a los desconocidos. Los niños se alejaban de su vista. Deseó gritar para llamarlos, pronunciar el hermoso nombre de la mayor y que ella se volviera. Pero la vergüenza le apretaba la garganta. Qué habría pensado su propia madre si hubiera perturbado la quietud de los hermanos. El duelo, el íntimo dolor que les pertenecía únicamente a ellos. Su madre lo sabía todo sobre el duelo. Sobre la pérdida, extendida con cuidado como una colcha bordada que oculta bajo su peso liviano la miseria. Sabía de mortajas y ataúdes. Una vez había velado el cadáver de un hombre. Había limpiado el rostro envejecido, los pies, le había colocado las manos cruzadas sobre el pecho. Tres días y tres noches veló la madre aquella carne abandonada por Dios, tres días pidió silencio para el muerto al que tanto había querido cuando era un hombre sano, un hombre de manos grandes que habían sostenido el equilibrio del mundo. Su padre, le diría a Ada con el tiempo, cuando la niña empezó a comprender su ausencia. Por eso ahuyentó el deseo de llamarlos. Se conformó con contemplarlos en aquella lejanía, de pie junto al muro desnudo de la iglesia, envuelta en la tibieza de la tarde.

‡

La casa estaba fría cuando llegaron. Los suelos se habían escarchado; la loza, húmeda, colgaba inerte en la cocina. Una polilla grande descansaba sobre la cama de la muerta.

Alguien había quitado las sábanas, seguramente el ama, o tal vez lo hiciera la enfermera: un último resquicio de eficiencia antes de abandonar aquella habitación helada. Habían doblado con cuidado los vestidos que una vez habían dado lustre a la madre. El peine, las sales, las enaguas, todo se acomodaba en el lugar que siempre le había correspondido. Leonora atravesó el dormitorio de su madre. A los quince años, era tan alta como ella y tenía, también, los cabellos negros, lacios, la cierta rigidez de las novicias. Ahora buscaba algo entre las sombras que lamían las paredes, el suelo de aquella habitación vacía. Palpó despacio las toallas, el cabecero de la cama, la cómoda; pronto se detuvo en el colchón de pluma. De allí sacó una vela blanca. Un cirio virgen que partió en cuatro trozos ante la mirada atenta de sus hermanos. Que la cera selle vuestros labios igual que este cuarto será cerrado, dijo, y los niños masticaron el cirio hasta hacerlo desaparecer bajo la lengua.